

Feliu de Llobregat, decretada el 15 de junio de 2004, momento en el que Barcelona alcanzaba igualmente el rango de metropolitana, al adscribirsele ambas como sufragáneas. Poco más que ofrecer los datos estadísticos de las dos nuevas diócesis ha podido hacer el autor en el capítulo octavo ya que, evidentemente, su historia está, no sólo por escribir, sino como tal, incluso por hacer.

Muchos son los valores que encierran las algo más de cuatrocientas páginas redactadas por Martí Bonet. Si acaso podría observarse en ellas un hábito muy propio del archivista, y es que, en numerosas ocasiones, se detiene más en la descripción del documento que en la narración de los datos que aporta; uno de los casos más claros se da en la página 257 y siguientes. En general, la referencia a otros textos mejor habrían quedado en las citas a pie de página, pues casi inevitablemente dejan al lector con la ansiedad de no disponer de ellos y con la impresión de que el texto no resulta completo, pudiéndolo estar si el autor hubiera incluido aquello a lo que él mismo remite, o, al menos, un resumen. Por último, se aprecia cierta incoherencia al citar en catalán los nombres propios de algunos personajes históricos que no eran naturales de Cataluña ni parece que utilizaran dicha forma catalanizada ni en la vida cotidiana ni en los documentos. Sirva, por ejemplo, el caso del obispo *Benet Ignasi de Salazar* (1683-1691) citado en la página 237, y que, como el mismo autor indica a continuación, era nacido en La Rioja y abad del monasterio de San Millán de la Cogolla en el momento de ser propuesto para la mitra barcelonesa.

La tercera parte del volumen corresponde a la historia de la diócesis de Gerona, que ha sido escrita por Josep Maria Marqués Planagumá (Cruilles 1939), sacerdote de ese presbiterio, archivero diocesano y correspondiente de la Real Academia de la Historia. En algo más de doscientas páginas, hace un repaso a la vida diocesana desde los primeros testimonios cristianos en Gerunda y Ampurias hasta el mo-

mento presente, al que se dedica el último capítulo. El texto de Marqués Planagumá en sintético y conciso y manifiesta, además, un exquisito estilo literario que queda de manifiesto ya en la misma introducción.

Otro acierto que debe reseñarse en esta parte es la atención que se pone en la búsqueda de las primeras noticias documentales de las parroquias de la diócesis, en la que, al decir de Marquès, habría que poner, al menos, tanto interés como a la hora de realizar la historia de los monasterios y otras instituciones. La dificultad de encontrar los datos, frente a los archivos conservados de esas otras, puede ser una de las causas. Por otra parte, este interés por la parroquia, la vida religiosa del pueblo cristiano, etc. corresponde también a las corrientes historiográficas modernas de la historia social que han servido, y están sirviendo, para descubrir esos aspectos de la vida cotidiana que hasta hace pocas décadas no interesaban al historiador, centrado sólo en los grandes acontecimientos y en los personajes de relieve.

En conjunto, un volumen interesante, como todos los de esta colección, que servirá para acercar al gran público, y especialmente, a los de las diócesis cuya historia se traza, al riquísimo pasado que atesoran.

F. Labarga

José Antonio MERINO - Francisco MARTÍNEZ FRESNADA (coords.), *Manual de Filosofía franciscana*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004, 327 pp.

Tras la aparición del *Manual de Teología Franciscana* (reseñado en AHig 14 [2005] 511-512) los autores José Antonio Merino –profesor de Historia de la Filosofía Medieval en el Pontificio Ateneo Antonianum– y Francisco Martínez Fresnada –profesor del Instituto Teológico de Murcia– ofrecen un nuevo trabajo colectivo sobre la aportación franciscana a los grandes temas de la Filosofía medieval. Se trata de una iniciativa de gran envergadura

en el que colaboran especialistas –la mayor parte de ellos franciscanos– de las diferentes materias.

Su estructura sigue la división clásica del saber filosófico que, partiendo del método (Lógica), pasa por la epistemología (Teoría del conocimiento) y la ontología (Metafísica y Teología Natural), para desembocar en una visión arquitectónica de las grandes cuestiones antropológicas y cosmológicas, con sus consecuencias en el campo de la Ética y la Economía. Los autores no se han limitado a una exposición fragmentaria de los temas, sino que pretenden reflejar la «diversidad configuradora de visualizaciones convergentes» que ofrecen los maestros franciscanos desde una común sensibilidad espiritual e intelectual. Además se ha tratado de superar la mera exposición histórica para insistir en la actualidad de buena parte de los desarrollos filosóficos que –nacidos en un determinado contexto histórico– permiten a día de hoy una interesante confrontación con las nuevas corrientes filosóficas y científicas.

La introducción a cargo de José Antonio Merino describe el contexto socio-cultural en el que vivieron los principales maestros franciscanos, todos ellos presentados mediante unas fichas bio-bibliográficas muy útiles y una sucinta bibliografía expuesta al principio de cada capítulo. Alessandro Ghisalberti se ocupa del primero de ellos dedicado a la Lógica, destacando la contribución de Rogerio Bacon a la reforma del saber, la aplicación de la lógica a la teología por San Buenaventura de Bagnoregio y Juan Duns Escoto, sin olvidar el legado de Guillermo de Ockham en la redefinición de términos y conceptos filosóficos como la categoría de relación. En el segundo capítulo sobre la teoría del conocimiento, Manuel Barbosa da Costa Freitas analiza la gnoseología científica de San Buenaventura –con su triple faceta de conocimiento sensible, intelectual e iluminativo o sapiencial–, el pensamiento antropológico de Juan Duns Escoto, y las innovaciones de Guillermo de Ockham

que, partiendo de una decidida opción por lo singular y concreto, preparará el camino de la ciencia moderna.

En el tercer capítulo, José Antonio Merino ofrece un análisis extenso de la metafísica según el modelo «ejemplarista» de San Buenaventura –que parte siempre del Verbo como arqueología esencial en el orden del ser–, y la perspectiva del ser unívoco propuesta por Juan Duns Escoto y Guillermo de Ockham: el primero para explicar la conexión entre lo finito y lo infinito, la criatura y el creador; y el segundo para revalorizar los seres reales y contingentes mientras afirma la absoluta libertad de Dios. La Teología natural de los maestros franciscanos es abordada por Vicente Muñiz, y comparada con las perspectivas de Bergson, Heidegger y Nietzsche [sic]. Para José Antonio Merino la aportación franciscana a la antropología se basa en su visión unitaria del hombre, y la fuerte tensión relacional basada en una dialéctica descendente-ascendente de participación-comunión, y en una dinámica de amor-comunión entre Dios y las criaturas. De innegable actualidad es el capítulo dedicado a la Cosmología, en el que Joaquín Cerqueira Gonçalves analiza el concepto de naturaleza y su relación con la cultura a la luz del pensamiento franciscano.

Finalmente llegamos a una de las aportaciones más singulares del franciscanismo a la cultura europea: su contribución a la reflexión ética y las grandes cuestiones políticas y económicas del momento. De los interesantes temas planteados por Orlando Todisco, destacamos la peculiar fundamentación de la propiedad privada sobre la naturaleza humana caída, y no sobre la naturaleza humana instituida; la defensa de la familia (*oikonomia*) como única institución válida en su dimensión intermedia entre la ética individual y la ética política; el intento de superar el subordinacionismo político aristotélico-tomista; la crítica de Duns Escoto contra la esclavitud, denunciada como forma del estado de pecado; y en el ámbito económico la defensa del legítimo beneficio,

la idea revolucionaria –esbozada por Juan Olivi y Bernardino de Siena– de la productividad del dinero, y la positiva valoración del bienestar de la comunidad como parte integrante de la *logica salutis*.

Como puede verse, son muchos los temas contenidos en este manual –bien trabado y puesto al día– que ofrece a un público amplio la valiosa aportación del franciscanismo medieval a la Filosofía de todos los tiempos.

A. Fernández de Córdova

ANTIGÜEDAD CLÁSICA

JUAN CRISÓSTOMO, *Comentarios a los Salmos/1 (4-12, 41, 43-49)*, introducción, traducción y notas de I. Berlanga Fernández, Ciudad Nueva («Biblioteca de Patrística», 68), Madrid 2006, 473 pp.

El Crisóstomo (349-407) es, sin duda, el exegeta antioqueno más representativo y destacado desde el punto de vista literario, además de proporcionar por sí mismo una amplia panorámica de los rasgos esenciales que caracterizan la exégesis antioquena, y ello por el gran número de sus comentarios escriturísticos que nos han llegado, entre los que cabe destacar su *Comentario a los Salmos*, que presentamos ahora publicado en lengua castellana. Fue sobre todo un orador, y la mayor parte de sus trabajos de exégesis son, en realidad, largas series de homilías en las que prevalece la atención a mover los afectos y a deducir las consecuencias morales. Entre los criterios que orientan y prevalecen en sus comentarios cabe destacar el principio de la «condescendencia», según el cual Dios se abaja al nivel del hombre y habla en forma humana, clara manifestación de la solicitud divina; la llamada «precisión de la Escritura», es decir, nada en las Sagradas Escrituras es superfluo o falso, y aunque en ocasiones se

puedan encontrar aparentes contradicciones, éstas no oscurecen la gran «sintonía» de todo el texto sagrado. De ahí su preocupación por el sentido literal y la atención a todo detalle presente en el texto.

Para el Crisóstomo los salmos ofrecen, sobre todo, un material didáctico para la meditación y la vida, más que una fuente de oraciones para la celebración litúrgica. Cada uno de ellos debe ser comprendido en su misma unidad y en la armonía de todo el salterio en su conjunto. Esto es lo que le permite aplicar, mejor que en ninguna otra de sus obras, los principios hermenéuticos eminentemente pastorales. Ciertamente, todos estos comentarios pertenecen al género literario de la predicación, con un carácter parenético más que exegetico, pero que no impide reconocer en ellos un verdadero trabajo teórico de presentación de su programa exegetico, aunque no lo afirme de manera explícita. En ellos entremezcla con brillantez los comentarios del texto desde una perspectiva dogmática, con consideraciones prácticas y morales llenas de fuerza y exigencia, a la vez que se sirve de todos los recursos retóricos a su alcance para mover al oyente en la práctica de la virtud.

La presente traducción es la primera edición íntegra de la obra que se publica en lengua castellana. Una obra que, debido a su gran extensión, contará con dos volúmenes en esta colección. En este primero aparecen los comentarios a los salmos 4-12, 41 y 43-49; y en el segundo, los correspondientes a los salmos 108-117 y 119-150.

En una espléndida introducción, Berlanga Fernández explica con precisión los aspectos literarios más destacados de estos comentarios: las circunstancias redaccionales, el texto escriturístico empleado y la estructura de los comentarios, apuntando, además, la riqueza de contenido doctrinal, moral y espiritual que encierran.

J. A. Gil-Tamayo